

una carta, que, entre otras, contenía estas tristísimas palabras:

«Si quiero comer o dormir, tengo que llamar a la puerta de alguna hostería, y muchas veces no puedo pagar ni mi alimento ni mi sueño.»

LXIV

Ya dijimos a su tiempo que la infanta Isabel, hija de los Reyes Católicos y viuda del infante D. Alfonso de Portugal a los ocho meses de casada, volvió al lado de sus padres, con los que siguió una gran parte de la conquista de Granada.

Cuatro años pasó esta princesa al lado de su madre, que la amaba con una ternura extrema, y que no sabía pasar sin su compañía; mas a la muerte de D. Juan II, padre del difunto D. Alfonso, ascendió al trono el infante D. Manuel, quien, recordando lo que Isabel de Castilla había sido para su sobrino y sus vasallos, pidió su mano a Isabel I y Fernando, sus padres.

La joven viuda, pues aún no llegaba a los veinticinco años, se resistió a este nuevo enlace.

—Padre y señor—le dijo a D. Fernando—, yo amaba con pasión a mi primer esposo; jamás podré olvidarle, y este segundo enlace que me proponéis me parecería un ultraje a su memoria; soy rica, y vosotros contáis aún con larga vida; ¿por qué he de enajenar de nuevo una libertad que de-

seo, sobre todo para conversar, por medio de la oración, con mi adorado y muerto esposo?

—Los portugueses te llaman, hija mía—respondió D. Fernando—; han visto en tí una buena reina; D. Manuel no es ya joven ni galán, y se contentará con un afecto tranquilo de tu parte, sin pedirte los extremos de una pasión, que acaso te exigiría un esposo más joven; busca en este enlace un amigo fiel y seguro, más bien que un esposo celoso y enamorado.

—Haré lo que mi buena madre me aconseje—repuso Isabel, volviendo sus hermosos y dulces ojos hacia la reina, que lloraba en silencio.

—Yo no puedo separar mi voluntad de la de tu padre, hija mía—expuso aquélla—; no conozco un esposo mejor para tí que D. Manuel de Portugal; tú eres joven y hermosa; él, si no es viejo, ha tiempo que ha llegado a la edad madura; ya que no aspiras a más dulzuras en el amor que al recuerdo de las pasadas, puedes alcanzar la suprema dicha de ser madre en este segundo enlace, y tus hijos llenarán para tí la existencia; además, hija mía, veo a tu hermano D. Juan en tan mal estado de salud, su vida decae tan rápidamente, que puedes unir a la vez a la corona de Portugal los derechos de princesa de Asturias.

Las últimas palabras de Doña Isabel I apenas se percibieron al hablar de la próxima muerte de su heredero, de *su ángel*, como siempre le había llamado, y sus labios temblaron; una palidez mortal

cubrió su frente, y cerró los ojos, como abrumada por el profundo agobio que aquella desgarradora idea le causaba.

El rey se acercó a ella, le tomó una mano, que estrechó con ternura, y le dijo:

—¿A qué afligiros así, mi buena Isabel? Nuestro hijo no está en el caso que vuestra ternura teme; y además, su esposa Margarita se halla encinta, y siempre, aunque Dios le llame a sí, os quedará un consuelo muy grande.

—¡Oh, Fernando!—exclamó la reina sollozando—. ¡Si nuestro hijo muriera, yo creo que se rompería en mí algún resorte necesario a la vida!

—Madre mía—dijo entonces la infanta viuda arrodillándose a los pies de su madre—, si mi enlace puede tranquilizar vuestro ánimo, turbado por otras penas y cuidados, pronta estoy a casarme con D. Manuel.

—¿Sin violencia?—preguntó Isabel I, a cuyos labios asomó una dulce sonrisa.

—Con placer, por daros gusto—repuso su hija.

—¡Gracias, Isabel mía!—exclamó la reina, besando a su hija en la frente, levantándola en sus brazos y sentándola sobre sus rodillas, como lo hacía cuando la princesa era niña—. ¡En la parte que te toca, me haces dichosa, porque tu porvenir me causaba mucha pena!

Pocos meses después, Isabel de Castilla fué conducida a Portugal por su padre, y se sentó en el

trono de aquella nación con gran alegría de los portugueses.

El príncipe de Asturias D. Juan, estaba, en efecto, atacado de una enfermedad de consunción, que le llevó al sepulcro muy poco tiempo después de la boda de su hermana.

Para ver si la mudanza de domicilio podía influir algo en el fatal estado del príncipe, la corte se había trasladado a Salamanca; allí, la grande Isabel I, seguía, con la mirada llena de desconsuelo, la rápida decadencia de su adorado hijo, separando todo lo posible a la joven princesa Margarita, esposa de D. Juan, que ya por su delicada naturaleza, y ya también por estar muy adelantada en su embarazo, no hubiera acaso podido resistir una fatiga muy dilatada.

Sin embargo, tanto Margarita, que era un ángel de belleza y de bondad, como el rey, temblaban ante el rudo golpe que iba a ser para Doña Isabel el ver expirar a su hijo.

Como si el cielo hubiera deseado evitárselo, una noche que se había retirado a descansar algunos instantes, o más bien a orar, D. Juan cayó de repente en el extertor de la agonía.

Incorporóse en el lecho, buseó a su esposa con ojos ya vidriados, y estrechó su mano convulsivamente; luego buscó a su madre, alzó los ojos al cielo como dándole cita allí, y, al desplomarse, se halló en los brazos de su padre, que le sostuvo y acompañó su último suspiro con una tierna bendición.

D. Fernando era hombre, cayó de rodillas y su dolor se exhaló en amargos sollozos: ¡su poderosa monarquía quedaba sin heredero! ¡El quedaba sin hijo!

Las damas sacaron de la estancia a Margarita, viuda ya y presa de una congoja mortal.

De súbito, un angustioso pensamiento atravesó la mente del padre que lloraba; pasó D. Fernando la mano por la frente y salió corriendo a la antecámara, pálido y convulso.

—¡Gritad!, ¡corred!—exclamó dirigiéndose a los servidores de su hijo—; ¡decid que he muerto yo! ¡Si la reina sabe que su hijo ha expirado, yo no respondo de su vida! ¡Evitémosle la gran impresión!

Los gemidos, los gritos, estallaron por todas partes y llegaron al oratorio de Doña Isabel, que se asomó a la puerta lívida y trastornada.

—¿Qué es...? ¿Qué es eso?—exclamó casi sin poder hablar.

—¡El rey ha muerto!—le respondieron algunas voces—. ¡El rey ha muerto de repente!

¡Jesús!...—murmuró roncamente la reina—; y su mano, que se apoyaba en el marco de la puerta, no pudo sostenerla y cayó desplomada al pavimento.

Cuando volvió en sí el mismo rey la sostenía.

—¿Quién me ha dicho que habíais muerto?—exclamó Isabel como soñando—¿Es el alma de Fernando que me llama? ¡Voy a seguirte, voy, porque no quiero estar en este mundo sin ti!...

—Isabel—dijo el rey—, yo vivo; quien ha volado al cielo es nuestro hijo (1).

Era tal el afecto que Doña Isabel profesaba a su esposo, que la alegría de verle vivo templó en gran parte la acerba pena que sentía por la muerte de su hijo.

Al día siguiente Margarita dió a luz un niño muerto, aún no de toda vida, y no bien restablecida, volvió a Austria al lado de su familia, a pesar de los ruegos de los Reyes Católicos, que no querían que se separase de su lado.

Apenas Doña Isabel I pudo darse cuenta de su libertad de reflexionar, su primer pensamiento fué llamar a su hija mayor, la reina de Portugal, para que, acompañada de su esposo, viniesen a ser jurados príncipes de Asturias y herederos de la corona de España.

Mil penas amargas iban ya minando la vida de la heroica reina; su hija, la joven Doña Juana, apenas de edad de diez y siete años casada con el archiduque de Austria, Felipe *el Hermoso*, había dado entonces repetidas y ostensibles pruebas de demencia; había tenido ya dos hijos, Doña Leonor y el gran Carlos V, de gloriosa memoria.

La noche que nació este príncipe, el archiduque, abandonando a su esposa en los dolores del parto, corrió a una cita de amor que tenía, y Doña Jua-

(1) Histórico.

na, cierta de la infidelidad de su marido, y presa de una violenta desesperación, se arrojó del lecho, no bien hubo dado a luz a su hijo, y corrió desnuda a la ventana.

Aquel fué el primer acto de demencia de la infeliz princesa, al que siguieron otros muchos, cuya relación traspasaba el corazón de su amorosa madre.

La llegada de los reyes de Portugal consoló a ésta algún tanto; el rey D. Manuel era un hombre afable, de talento y de corazón, que sabía hacer dichosa a Isabel, aunque contaba más que ella veinte años de edad; la reina se hallaba a fines de un embarazo penoso, pero cuyas molestias sobrellevaba con resignación y alegría, reconciliada ya con su suerte y con su enlace.

La vista de aquella feliz pareja derramó el consuelo y la tranquilidad en el ánimo de Doña Isabel; los reyes de Portugal fueron jurados solemnemente en Toledo príncipes de Asturias, y D. Manuel derramó tesoros de caridad y mercedes de todo género sobre los españoles.

Los Reyes Católicos hicieron un formal empeño de que Isabel y su marido permaneciesen a su lado hasta después del alumbramiento de aquélla; y así fué convenido, llegando por fin el parto y dando a luz un hermoso infante, al que se puso por nombre D. Miguel.

Pero, ¡oh desgracia para el ánimo abatido de la Reina Católica! Su hija fué acometida al sexto día

de tan violenta fiebre, que la llevó a la tumba a pesar de todos los esfuerzos de la ciencia.

El cuerpo de la reina de Portugal fué sepultado en el convento de Santa Isabel, de Toledo, y nada puede dar una idea del dolor de su madre.

Aquella mujer, que había soportado sin palidecer las rudas fatigas de la guerra, los graves riesgos de las sediciones y los arduos cuidados de un reino, desgarrado por mil intestinas discordias, sintió que los repetidos golpes de las pérdidas de sus dos hijos la abrían el camino del sepulcro, hacía el que lenta, pero seguramente, marchaba.

En medio de su amargura experimentó la nueva pena de ver partir para Portugal a su yerno, el rey D. Manuel, con su hijo el infante, única memoria de la buena y hermosa Isabel, que incesantemente debía llorar.

Por entonces recibió Isabel la Católica una carta de Colón, que a la sazón se hallaba en Sevilla, según dijimos, enfermo y sumergido en la mayor pobreza.

En aquella carta nada pedía para sí el Almirante, ni se quejaba de su suerte, que sobrellevaba con su dignidad acostumbrada; pero imploraba el favor de la reina para sus compañeros y servidores, que soportaban todos los horrores de la más espantosa miseria como premio de sus fatigas y trabajos.

¡Mas, ¡ay!, la reina estaba completamente absorta en su dolor y D. Fernando había dado oídos, como otras veces, a las calumnias de los detractores de Colón.

LXV

En vano el héroe de aquel siglo de héroes hizo al gobierno mil reclamaciones; ninguna fué escuchada, y el descubridor de un mundo, después de una larga agonía moral, pagó su tributo a la muerte.

La envidia, la ingratitud de su siglo, y la injusticia de su soberano, desaparecieron con su último suspiro; hiciéronsele funerales regios, dando a su muerte todo lo que se había rehusado a su noble y laboriosa vida.

Después de haber habitado diversos monumentos de España, se le trasladó a la Española, para sepultarlo allí, según había dejado dispuesto en su testamento, y luego se le trasladó a la Isla de Cuba.

Para terminar en lo que concierne a Cristóbal Colón, nada mejor podemos hacer que imitar a otro excelente biógrafo, copiando, como él, lo que dice, acerca de aquel grande hombre, el ilustre Alfonso de Lamartine:

«Era—dice el escritor francés—un hombre de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LAMARTINE"
1980. 1525. MONTERREY, MEXICO

elevada estatura, formas robustas, aptitud majestuosa, frente noble, fisonomía franca, mirada pensadora, dulce y graciosa sonrisa: sus cabellos, de un rubio oscuro en su primera juventud, se habían teñido prematuramente hacia las sienes de esas canas que anticipan el trabajo intelectual y la desgracia; su tez, primitivamente sonrosada, se había vuelto pálida con el estudio, y el sol y el mar le habían dado un tinte bronceado; el sonido de su voz era varonil, sonoro y penetrante, como el de un hombre habituado a hablar sólo para expresar pensamientos profundos.

»Nada de ligero o irreflexivo se revelaba en sus gestos; todo era grave y simétrico, hasta en sus menores movimientos; parecía respetarse modestamente así mismo, y obrar siempre con la reserva de un hombre piadoso en un templo, y como quien se halla en presencia de Dios.

»Todas las verdaderas dotes de un gran hombre se reunieron en él: genio, trabajo, paciencia; oscuridad de la suerte, vencida por la constancia de su naturaleza; obstinación dulce, pero infatigable hasta el fin; confianza en la Providencia; lucha contra las cosas; larga premeditación del pensamiento en la soledad; ejecución heroica de ese mismo pensamiento en la acción; intrepidez y sangre fría contra los elementos en las tempestades, y contra la muerte en las sediciones; confianza en la estrella, no de un hombre, sino de la humanidad; vida gastada con abandono, y sin mirar nun-

ca lo pasado; estudio incesante; conocimientos tan vastos, como el horizonte de su tiempo; manejo hábil, pero honrado de los poderosos, para reducirlos a la verdad; conveniencia, nobleza y dignidad de formas exteriores, que revelaban la nobleza de su alma y encadenaban los ojos y los corazones; lenguaje proporcionado a la grandeza de sus ideas; elocuencia, que convencía a los reyes y dominaba a los revoltosos; poesía de estilo, que igualaba sus relaciones, a las maravillas de sus descubrimientos y a las imágenes de la naturaleza; amor inmenso, ardiente y activo a la humanidad; prudencia de un legislador, y dulzura de un filósofo en el gobierno de sus colonias; solicitud paternal para con aquellos indios, niños de la raza humana, cuya tutela quería dar al viejo mundo, no su servidumbre y esclavitud; olvido de las injurias; magnanimidad del perdón para sus enemigos; piedad, en fin, esa virtud, que contiene y diviniza todas las otras, cuando es lo que era el alma de Colón; recuerdo constante de Dios, justicia en la conciencia, reconocimiento en la victoria, resignación en los reveses, adoración por todas partes, y en todas ocasiones, de la suprema bondad.

»Tal fué aquel hombre: no conocemos ninguno más acabado; contenía muchos en sí mismo; era digno de personificar el mundo antiguo, ante ese mundo desconocido que él descubrió el primero, y de llevar a aquellos hombres de otra raza, todas

las virtudes del viejo continente, sin uno sólo de sus vicios.

»Nadie, por su gran influencia, mereció mejor el nombre de civilizador; completó el universo; acabó la unidad física del globo, y esto era adelantarse mucho más de lo que se había hecho hasta él, la obra de Dios: LA UNIDAD MORAL DEL GÉNERO HUMANO.

»Esta obra, a que tanto concurrió Colón, era demasiado grande para recompensada dignamente, con la imposición de su nombre, el cuarto continente de la tierra: sin embargo, si la América no lleva el nombre de Colón, el género humano agrupado y reunido por él, le llevará en toda la extensión del globo terráqueo.»

Nada más podemos añadir a tan perfecto y sublime retrato, y volveremos a ocuparnos de Doña Isabel la Católica, para seguirla en la última época de su gloriosa vida, tan agitada, pero tan llena de virtudes y merecimientos.

Decidida la guerra con los franceses en Italia, envió allí al valeroso Gonzalo de Córdoba, que desembarcó en Sicilia llevando numerosa fuerza de mar y tierra. Aquella conquista dió, principalmente al Gran Capitán, la fama inmortal que durará tanto como el mundo; en breve ganó la Calabria, y con mucha facilidad hubiera arrojado a los franceses de toda Italia; pero D. Fernando el Católico se interpuso y la conquista se redujo al repartó de Nápoles entre la Francia y la España.

Sin embargo, rompiéronse de nuevo las hostilidades, y entonces fué cuando Gonzalo de Córdoba, superior a todos los capitanes de su siglo, venció a los franceses en cuantos encuentros tuvo con ellos y logró arrojarlos de todo el reino.

Por consecuencia de esta señalada victoria, Don Fernando se empeñó en guarnecer y fortificar la frontera, para impedir cualquier tentativa de parte de los franceses, y después de algunas contestaciones con su hermana Leonor, se apoderó del reino de Navarra y le unió a la corona de Castilla.

Ni las historias antiguas ni las modernas presentan un conjunto de hechos tan extraordinarios como los que tuvieron lugar durante el reinado de los Reyes Católicos.

Doña Isabel mandó poner en vigor la ley de Partida, sobre la apelación de los jueces de lugares de señorío, a los tribunales del reino, consiguiendo, al mismo tiempo que privar así a los nobles de una gran parte de su influencia, granjearse el amor de los pueblos disminuyendo los impuestos y protegiéndolos contra sus opresores; consiguió, además, que la corte de Roma expidiese un *Breve*, por el cual los tres maestrazgos de las órdenes militares quedaban incorporados a la corona.

La salud de la reina continuaba decayendo de día en día; sin grandes dolores, era tal la debilidad que se había apoderado de ella, que sus fuer-

zas se extinguían rápidamente; la sublevación de los moros residentes en Castilla, unidos a los de las Alpujarras, dió ocasión al célebre cuanto censurado decreto, por el cual los Reyes Católicos mandaban que todos los moros que no abrazasen la religión cristiana saliesen del reino: más de cien mil mahometanos emigraron al África en 1502, y la reina, fatigada y enferma, se retiró a Toledo, marchando el rey a Aragón.

Allí tuvo el inefable placer de recibir la visita de su hija, la princesa Doña Juana, que vino con el archiduque Felipe, su esposo; después de algún tiempo la reina y sus hijos pasaron a Madrid, y allí fué donde aquélla cayó gravemente enferma.

Avisado el rey, llegó precipitadamente de Aragón, y Doña Juana, cuya razón parecía entonces más firme, se constituyó al lado de su madre, sin pensar por entonces en regresar a Flandes.

Pudo al fin convalecer Doña Isabel, y pasó el año de 1504 en Alcalá, Segovia y Medina del Campo, y a fin de Marzo de 1504 Doña Juana hubo de despedirse de su madre para volver con su marido a Flandes, donde ya había marchado antes el archiduque.

Aquella separación acabó de abatir a Doña Isabel; sufriendo cada día con mayor intensidad, llegó al mes de Julio, en el que fué acometida de hidropesía, que la llevó al sepulcro, dejando tan inmenso vacío en su familia y en sus reinos.

LXVI

Conoció la gran Isabel I que su fin estaba ya muy cercano, y otorgó su testamento, el cual es por sí sólo una muestra elocuente de cuanta prudencia y sabiduría había atesorado.

Nómbro sucesora de sus reinos a su hija la infanta Doña Juana, y, en su defecto, a su nieto el príncipe D. Carlos.

Dejó a su marido el Gran Maestrazgo de las Órdenes militares, la mitad del producto de las minas de América y una pensión de un millón de escudos sobre las rentas de la corona.

Encargó que no se hiciesen por ella demostraciones públicas de dolor, sino que la encomendasen a Dios; que no se vistiese jerga, como en tales casos se acostumbraba, sino luto negro y sencillo; que la iglesia no se colgase de negro en su funeral y que el túmulo tuviese sólo trece hachas, pero sin gradas ni torres, repartiéndose entre las iglesias pobres y los mendigos todo lo que se había de gastar en los funerales.

Después que dejó consignadas sus últimas vo-

luntades, quedó mucho más tranquila y esperó su fin con aquella calma perfecta, hija de la grandeza de su alma; postrada ya en el lecho, el lunes 25 de Noviembre pidió que se retirasen todas las personas allí presentes, y quedó sola con el rey.

—Fernando—le dijo con voz débil y tomando su mano—, voy a morir...; yo os he amado mucho, y ahora, en recompensa de mi amor, voy a pedir os una gracia. ¿Me la concederéis?

—Hablad, hablad; querida Isabel—respondió el rey besando aquella mano descarnada.

—Pues bien, os pido que no volváis a casaros, que no ocupe otra mujer el lugar mío, ni en vuestro corazón, ni en vuestro tálamo.

—¡Yo os lo prometo!—contestó D. Fernando—: ¿Qué otra mujer hay en el mundo digna de reemplazaros? No, el luto que llevaré por vos, si me dejáis, durará tanto como mi vida.

La regia enferma dejó salir de su pecho oprimido un suspiro de consuelo.

—Dormid, Isabel—dijo el rey—; descansad vuestra cabeza aquí en mi pecho; esto quizá os aliviará, porque ningún corazón ha sido tan vuestro como el mío.

D. Fernando se engañaba: su esposa tenía muchos corazones que le eran más entusiastamente adictos que el de su marido.

Doña Isabel reposó algunos instantes, y, cuando despertó, la muerte dibujaba ya su terrible sombra sobre las lívidas facciones de la reina.

Llamóse al confesor, que no la abandonó un instante.

La reina ya no pudo hablar más; asistida por la marquesa de Moya y por Doña Beatriz Galindo, llegó a las primeras horas del 26, y exhaló el último aliento con una paz y una tranquilidad verdaderamente admirables.

No debemos omitir una circunstancia de aquellos tristísimos momentos, que revela hasta qué punto llegaba el pudor de la reina de Castilla y que conviene con el atrevido aserto de Pedro Martir, que dijo que, después de la Virgen María, no había habido mujer más pura que Isabel. Fué el caso que, al administrarle la Extremaunción, como el ministro, al ir a imponer en sus pies el Oleo santo, los necesitara descubrir, ella, ya casi expirante, lo advirtió, sin embargo, y reconcentrando todo su aliento, hizo un esfuerzo supremo, se incorporó, adelantó sus manos temblorosas y los tapó con la colcha.

Día de luto fué para España aquel en que el alma de Isabel voló a los cielos: a las rogativas que se habían hecho públicamente en toda la nación por la salud de la reina, sucedieron el llanto y la desolación general, y hasta la misma naturaleza pareció desconcertada, pues apenas expiró Doña Isabel, estallaron pavorosos temporales, que ocultaron por muchos días el sol y las estrellas de la vista de los castellanos.

El cadáver, por disposición de la misma reina

difunta, fué acompañado a Granada por un lucido, brillantísimo y numeroso cortejo, en el que iba la flor de la nobleza de sus reinos, y Doña Beatriz Galindo, que, viuda ya, quiso dar a su soberana, a su regia y tierna amiga, aquella última prueba de su inmensa gratitud y nunca desmentido afecto.

En la ciudad arrancada a los moros por su prudencia y valor, después de una conquista de nueve años, reposa Isabel I, cuyo nombre bastaría para hacer gloriosa a nuestra España, si no tuviera además otros tan grandes títulos para envanecerse.

No hemos tenido la pretensión de escribir, en esta modesta biografía, la historia de *Isabel la Católica*, sino el deseo de reseñar los actos más notables de su vida, en la que resplandecieron las más altas prendas de la reina, las más sublimes dotes de la mujer, las más esclarecidas virtudes de la cristiana.

Copiaremos, como un resumen de cuanto valía, el retrato físico y moral, que de la reina incomparable que nos ocupa, han hecho los escritores más ilustres de su época:

«Todas sus facciones, dice una crónica, son bellamente proporcionadas para formar el conjunto más amable; el rostro es hermoso; el color blanco; el cabello rubio; los ojos entre azules y verdes; el mirar muy gracioso y honesto; la estatura mediana; el movimiento compuesto y majestuoso; las acciones de agrado; la voz suave; la lengua expe-

dita; el ingenio agudo; la honestidad cual pocas; el corazón cual ninguno.»

Otro historiador de nuestra época hace asimismo este hermoso retrato moral de Isabel:

«Era de una fuerza de alma incomparable; profunda en sus miras políticas; hábil para las negociaciones más intrincadas, y de un valor tan constante, que nada ni nadie pudo dominar; su amor a la justicia, el deseo de su gloria y engrandecimiento, y la eficacia con que procuró siempre el bienestar de sus súbditos, la hicieron igual a los más grandes monarcas del mundo; era muy instruída, y por eso, sin duda, protegió constantemente a todos los hombres distinguidos en letras, en artes, en administración, en política, en las armas y en la religión; Doña Beatriz Galindo, Doña María de Zayas, Mendoza, Cisneros, Gonzalo de Córdoba, Colón, y otros eien, que pudiéramos citar, lo acreditan así; su constante fé y sus virtudes le merecieron el título de *Católica* con que la conocemos.

«Siempre se mostró, no por sí, sino por sus pueblos, celosa en extremo de su poder; y ya hemos visto que la ternura con que amaba a su esposo, no fué un impedimento para reservarse siempre el gobierno de los reinos de Castilla. A Doña Isabel se debe indudablemente la expulsión completa de los moros, el haber abatido el despotismo de los grandes, y restablecido el imperio de las leyes, el descubrimiento de las Américas, y, sin contradic-

ción, todas las gloriosas empresas de su esposo D. Fernando; porque, a poco que se examine la historia de aquellos tiempos, se convencerá cualquiera de que, si bien eran llamados *los dos reyes*, evidentemente *la reina era el rey*.

»Para ser en todo admirable aquella soberana, las graves ocupaciones del gobierno y de la guerra, no le impedían ejercitarse en las que son más propias de las mujeres de menor clase; dirigía por sí misma la educación de sus hijas, y les enseñaba las labores femeninas, sin exclusión de hilar y remendar. *Doña Isabel se preciaba de no haberse puesto su marido camisa que ella no hubiese hilado y cosido*.

»Vióse obligada algunas veces a ejecutar crueles castigos; pero el estado en que encontró el reino, el vicio que se había introducido en todas las clases de la sociedad, las continuas conspiraciones y deslealtades de los Grandes, y el justo empeño que siempre mostró en dar a toda costa tranquilidad a sus pueblos, parecen justificar esta conducta».

Muchos escritores extranjeros, y, sobre todo franceses, han ultrajado la memoria de Isabel con terribles acusaciones; pero estos tienen razones para desacreditar la memoria de nuestra heroica reina. La primera es el haber renunciado Isabel la mano del duque de Anjou, por casarse con el infante de Aragón; la segunda, el haberles quitado este mismo infante, siendo ya rey de Castilla, el

reino de Navarra, para reunirlo a su corona; la tercera, las incesantes derrotas que el ejército francés sufrió de las armas castellanas; sobre todo, en Italia, conducidas por el gran capitán Gonzalo de Córdoba.

Esto basta para explicar, a nuestro humilde parecer, la aversión de los escritores franceses a la memoria de Isabel I, y, entre aquéllos, es muy justo hacer excepción de madame de Muguellaz, esa escritora tan ilustre como imparcial y que rinde a nuestra inolvidable reina un justo tributo en el párrafo que también copiamos a continuación:

«Isabel, que tuvo tan poderosa influencia en los acontecimientos más memorables de su siglo, unía, a las cualidades de un grande hombre, las prendas amables de su sexo; con el ingenio y la hermosura embellecía el rango supremo, y sabía unir el atractivo de los placeres a la severidad de las costumbres; tan hábil en manejar las riendas del Estado, como en conducir un ejército, sabía inspirar confianza, excitar el valor, aprovecharse de las circunstancias, vencer las dificultades y llegar a su objeto, bien por el camino de un héroe, bien con la destreza de un político profundo; así es como Isabel pudo elevar a tan alto grado la gloria, la prosperidad de su patria y el heroísmo de sus habitantes; así es como llegó a triunfar de los moros, y con la toma de Granada, magnífica y deliciosa residencia de los Califas, puso fin al in-

perio con que los infieles oprimían a España hacia ya cerca de ocho siglos.

»Lo que hará más duradera la memoria de Isabel es que se halla unido a la del gran Colón; entre todos los soberanos a quienes este hombre ilustre se dirigió, Isabel únicamente no le rechazó ni juzgó que sus proyectos eran quimeras; ella sola comprendió su importancia y su utilidad, ella sola le dió los medios para ponerlos en ejecución; si el descubrimiento de la América debe mirarse como un beneficio inmenso, si el hombre inmortal a quien se debe merece reconocimiento y gloria, los españoles deben dedicar una gran parte a Isabel. Que la noble protectora de Colón haga desaparecer el recuerdo de que, por la más funesta imprevisión, estableció la Inquisición en sus estados, y téngase presente que, cuando Isabel creó este odioso tribunal, no tuvo en ello otro objeto que contener los progresos del mahometismo, del judaísmo y de las herejías, que tantos males causaban entonces en España.»

Así termina la encantadora pluma de madame de Mogellaz el bello y simpático retrato que hace de la heroína de Castilla; nosotros añadiremos, autorizados por datos fidedignos y por opiniones respetable, que si no se ha colocado a Isabel I en el número de los santos, si la corte de Roma no la ha canonizado, ha sido sólo por haber establecido la Inquisición, siendo su memoria responsable, ante el juicio severo de los siglos, de los horrores

que aquel tribunal cometió, y que ella acaso ignoraba.

Su marido no fué fiel ni a su recuerdo ni a la promesa que la había hecho al morir: año y medio después de expirar Isabel casó con Germana de Foix, de la que fué amado, pero a la que no pudo amar como a Isabel, pues le era muy inferior en hermosura y nobles prendas.

Doña Juana *la Loca* se ciñó la corona de su madre, fué jurada inmediatamente reina propietaria de León y de Castilla, y marchó a Burgos con su esposo; pero este príncipe murió allí, casi de repente, a los veintiocho años de su edad y muy pocos meses después de haber sido coronado con su esposa rey de Castilla y León.

Este fué el golpe que acabó con la muy débil y turbada razón de Doña Juana; pero como la melancolía y noble figura de la regia demente tiene también un sitio de preferencia en esta *Galería*, dejaremos que le llegue la vez de ocuparle y terminaremos la de su esclarecida madre.

Muy poco, ó nada, tenemos ya que añadir a los imperfectos, pero verídicos, detalles que hemos dado de Isabel I; respetando el juicio de los escritores más autorizados, hemos adaptado el nuestro al suyo copiando los párrafos que al final de esta leyenda pudieran dejar estampado de una manera indeleble y verdadera el retrato de aquella esclarecida reina; por lo demás, y en la narración de los principales hechos de su vida, si grande ha

sido nuestro atrevimiento, discúlpenos nuestra intención, que ha sido la de dar a conocer a nuestras lectoras, con toda pureza y verdad, a una de las mujeres a quien deben mirar, como el ejemplo de su sexo, por sus altas virtudes.

Para nosotras las españolas, tan sincera y verdaderamente cristianas, el mejor elogio de la reina de Castilla puede refundirse, como dice muy oportunamente el padre Flórez, con este solo título: ¡ISABEL LA CATÓLICA!

FIN

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Primera edición crítica con variantes, notas
y el Diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela

POR

D. CLEMENTE CORTEJÓN

Director y Catedrático

de Historia de la Literatura en el Instituto general y técnico de Barcelona.

Esta obra constará de ocho tomos, seis de texto y notas de Don Quijote, y dos de Diccionario.—Están publicados seis tomos que comprende el Quijote, compuestos de las siguientes páginas: Tomo I, CLXVI + 309.—Tomo II, LXXXIII + 408.—Tomo III, LXXXI + 385.—Tomo IV, LXI + 375.—Tomo V, XXII + 513.—El tomo VI, continuado por Juan Givanel Más y Juan Suñé Benajes, XVI + 546.

En 4.º mayor, con facsímiles y variantes. Su precio es de 20 pesetas cada tomo en Madrid y 21 en provincias, francos y certificados.

En prensa el tomo I del Diccionario.



